

15) Y así fijé mi estancia en Sión, y fue lugar de mi reposo la ciudad santa, y en Jerusalén está el trono mío.

25. 16) Y me arraigué en un pueblo glorioso y en la porción de mi Dios, la cual es su herencia; y mi habitación fue en plena reunión de los santos.

17) Elevada estoy cual cedro sobre el Líbano y cual ciprés sobre el monte de Sión.

18) Extendí mis ramas como una palma de Cadés y como el rosal plantado en Jericó.

19) Me alcé como un hermoso olivo en los campos y como el plátano en las plazas junto al agua.

20) Como el cinamomo y el bálsamo aromático despedí fragancia. Como mirra escogida exhalé suave olor.

21) Y llené mi habitación de oloríferos perfumes, como de estoraque, de gálbano, de onique y de lágrimas de mirra y de incienso virgen, y mi fragancia es como la del bálsamo sin mezcla.

22) Yo extendí mis ramas como el terebinto, y mis ramas están llenas de majestad y hermosura.

23) Como la vid broté pimpollos de suave olor, y mis flores dan frutos de gloria y de riqueza.

26. 24) Yo soy la madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza.

25) En mí está toda la gracia y el camino de la verdad, en mí, toda la esperanza de vida y de virtud.

27. 26) Venid a mí todos los que os halláis presos de mi amor y saciaos de mis frutos;

27) porque mi espíritu es más dulce que la miel, y más suave que el panal de miel, mi herencia.

28) Se hará memoria de mí en toda la serie de los siglos.

28. 29) Los que de mí comen, tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben.

30) El que me escucha, jamás tendrá de que avergonzarse, y aquellos que se guían por mí, no pecarán.

31) Los que me esclarecen tendrán la vida cierna.

32) Todas estas cosas contiene el libro de la vida, que es el testamento del Altísimo, y la doctrina de la verdad.

* * *

29. Todos estos árboles y plantas a que se compara la Sabiduría, de frutos y cualidades tan diversos, simbolizan la gran variedad de estados, funciones y virtudes de las almas, las cuales se asemejan a los cedros por la elevación de sus corazones hacia el cielo; a los cipreses, por la continua meditación de la muerte; a las palmeras, por la humildad en soportar sus trabajos; a los rosales, por el martirio y efusión de su sangre; a los plátanos, que se levantan junto a las aguas, o a los terebintos, que extienden sus ramas muy lejos, por la extensión de su caridad para con sus hermanos. En cuanto a las demás plantas olorosas,

como el bálsamo, la mirra, menos expuestas a la vista, simbolizan a las almas retiradas que desean ser conocidas más de Dios que de los hombres.

30. Después de haberse dado a conocer como madre y manantial de todo bien, la Sabiduría exhorta a todos los hombres a que lo dejen todo para fijar en ella el único fin de sus deseos, ya que no se da, dice San Agustín

(SAN AGUSTÍN, De moribus Ecclesiae catholicae, c. 17, n. 31: «Nam si sapientia et veritas non totis animi viribus concupiscatur, inveniri nullo pacto potest» (ML 32, 1324)), sino a quienes la desean y la buscan con el ardor con que merece ser buscada cosa tan grande.).

La divina Sabiduría indica en las palabras de los versículos 30 y 31 tres grados en la piedad, de la cual el tercero constituye la perfección:

- 1°. Escuchar al Señor con humilde acatamiento.
- 2°. Obrar en El y por El con fidelidad constante.
- 3°. En fin, adquirir la luz y la unción necesarias para inspirar a los demás el amor de la Sabiduría, con el fin de conducirlos a la vida eterna.

CAPITULO III

Prodigios del poder de la divina Sabiduría en la creación del mundo y del hombre

1. En la creación del mundo

31. La Sabiduría eterna comenzó a brillar fuera del seno de Dios, cuando, después de toda la eternidad, creó la luz, el cielo y la tierra. Dice San Juan que «todo fue hecho por el Verbo» (Jn 1, 3), es decir, por la Sabiduría eterna: Salomón, por su parte, la llama «madre y artífice de todas las cosas» (Sb 7, 12 y 21).

Es de notar que no la llama solamente artífice del universo, sino madre del mismo, porque el artífice no ama ni cuida su obra como lo hace una madre con su hijo.

32. Una vez creado todo, la Sabiduría eterna permanece en «todas las cosas para contenerlas, sostenerlas y renovarlas» (Sb 1. 7; 7, 27). Es esta hermosura, soberanamente recta, la que, después de crear el mundo, estableció el orden que en él reina. Ella escogió, compuso, pesó, añadió y contó todo cuanto hay en él. Ella extendió los cielos; ella colocó ordenadamente en sus lugares el sol, la luna, las estrellas y los planetas; estableció los fundamentos de la tierra; fijó límites y leyes al mar y a los abismos; formó las montañas, todo lo pesó y lo midió, hasta las mismas fuentes. En fin, prosigue ella misma, yo estaba con Dios disponiéndolo todo con una precisión tan perfecta y con variedad tan agradable, que era como un juego con el cual me divertía y divertía también a mi Padre (Pr 8, 30 y 31).

33. Y, efectivamente, este inefable juego de la divina Sabiduría puede verse en las diferentes criaturas con que pobló el universo. Pues sin hablar de las distintas especies de ángeles, que son, por decirlo así, infinitas en número; sin hablar del diverso tamaño de las estrellas ni de la desigualdad de temperamentos de los hombres, ¡qué